

Con esta guerra había alcanzado la rama alemana de la casa de Austria la calidad de gran potencia, que antes no tenía. El emperador no podía figurar dignamente como soberano de sus Estados particulares, ni hacer valer las fuerzas de éstos, mientras tenía á los turcos permanentemente á pocas leguas de su capital, Viena, y como siempre dispuestos á aliarse con cualquier enemigo suyo. Pero á la sazón con la debilitación, y alejamiento á gran distancia de los turcos, recobró la libertad de su acción en Occidente. Hasta este momento la pequeña parte de Hungría que llamaba suya le había costado mas hombres y dinero que lo que le había producido, tanto mas, cuanto que los magnates húngaros le habían temido y mirado mas de reojo que á los turcos. Pero desde la paz de Karłowicz había cambiado todo esto. La Hungría y la Transilvania yacían rendidas á los piés del Habsburgo; no podían ya negarle sus recursos, su dinero ni su sangre; la monarquía austriaca igualaba en superficie y población casi á la Francia, y podía presentarse entre las naciones de Europa con una autoridad muy respetable, como jamás había tenido, y aumentada todavía por la fama del éxito de la grande y prolongada lucha que el emperador había sostenido contra las dos potencias mas poderosas de aquella época. Las tropas imperiales habían aprendido otra vez á vencer, y finalmente, estaban acudilladas por generales como Carlos de Lorena, Luis de Baden, Eugenio de Saboya, que aunque ninguno de ellos era natural del país austriaco, podían ponerse dignamente al lado de los mariscales franceses.

Mientras el Austria se levantaba de esta manera á la altura de gran potencia, fueron ocupando tambien otros Estados alemanes un puesto mas distinguido en el mundo y sosteniendo la fama y la consideración á que tenían derecho las armas de la antigua Germania.

Los príncipes que mas se distinguieron en proporción de sus reducidos Estados fueron los de la casa de Brunswick. La línea de Hanover mantenía un ejército de 20,000 hombres, para ella grandísimo, aproximadamente la vigésima parte de sus súbditos, con el cual habían contraído los duques de Brunswick grandes méritos por los servicios prestados al emperador y al imperio. Sus contingentes habían sido siempre los primeros en campaña en todas las guerras entre Alemania y Francia, mientras al propio tiempo peleaban otros contingentes suyos, compuestos á veces de 10,000 á 11,000 hombres, en Hungría. En cambio de tan importantes servicios pedían los güelfos, es decir, la casa de Brunswick, una recompensa adecuada, á saber: la categoría y dignidad de príncipe elector para el duque Ernesto Augusto de Brunswick-Hanover, que al fallecimiento de su hermano mayor de Zelle, por falta de herederos directos, debía reunir bajo su cetro todo el territorio de Brunswick y Luneburgo, ó sea el que hasta ahora hace poco se conocía por el reino de Hanover. Este noveno electorado era muy del gusto de los protestantes alemanes, porque el electorado palatino con su población ultra calvinista había pasado al dominio de la línea católica de Neuburgo. La dificultad era lograr el consentimiento del emperador, tan fanáticamente católico; pero lo dió por varias razones; primera, para recompensar los muchos y buenos servicios de la casa de Brunswick; segunda, para robustecer á este celoso y envidioso vecino del elector de Brandeburgo, tan lleno de planes ambiciosos; y finalmente, para asegurarse los auxilios militares y pecuniarios del nuevo elector de Hanover que naturalmente quedaria obligado á apoyar la política austriaca en todos los asuntos del imperio alemán. En diciembre de 1692 fué investido el duque de Brunswick-Hanover de la dignidad de elector noveno del imperio. Otro ascenso mucho mas considerable aguardaba

en un próximo porvenir á la misma familia, á saber, la sucesión al trono de la Gran Bretaña, porque no teniendo hijos ni el rey reinante Guillermo III, ni la heredera presunta, su cuñada Ana, recaía la sucesión en la casa de Hanover ó sea de Brunswick, que por una de sus abuelas descendía de Jacobo I.

En la misma época adornóse otra casa reinante en Alemania con una corona real extranjera, en la persona del príncipe elector de Sajonia, Federico Augusto I, llamado el Fuerte, en atención á su increíble fuerza muscular, el cual se ciñó la corona de Polonia. Era hombre que en cambio de su fuerza hercúlea tenía una inteligencia pobre y un carácter mas pobre todavía, amigo de los placeres mas estéticos como de los mas sensuales y groseros, sin moralidad, aficionadísimo á la ostentación y fausto, y de conciencia muy elástica en religión. En este individuo se personificaba la creciente indiferencia de las familias reinantes en Alemania en materia de religión y de fe, indiferencia tanto mas de notar cuanto que la casa de Sajonia había sido, hacia poco tiempo, el baluarte principal, mas celoso y mas exclusivista del luteranismo.

A la muerte de Juan Sobieski, rey de Polonia, ocurrida en el año 1696, presentóse como pretendiente á la corona el príncipe francés de Conti. La corte de Viena tenía naturalmente el mayor interés en poner en aquel trono una persona adicta á su causa, y como la casa de Sajonia había permanecido fiel y servido lealmente á los intereses imperiales, se pensó en Viena en el príncipe elector Federico Augusto. El único obstáculo era la religión luterana del candidato; pero á la primera indicación mostróse muy flexible y sin la menor dificultad ni resistencia hizose católico. En seguida hizo su oficio el oro; un ejército sajón se dirigió amenazador á Polonia, y gracias á uno y otro recurso fué elegido el elector rey de aquel país en julio de 1697, para desgracia de la pobre Sajonia, cuyos hijos y bienestar se sacrificaron hasta un grado increíble á los intereses de un país que nada absolutamente les importaba. Además perdió la jefatura de los intereses protestantes en el imperio alemán que, con el cambio de religión de su soberano, guiado en adelante por intereses extranjeros, pasó á su vecina mas poderosa y puramente alemana la casa de Brandeburgo. No obstante la Sajonia conservó en el imperio la dirección del *Corpus Evangelicorum* que ejercía hacia ya siglo y medio, y además el nuevo rey Augusto II prometió solemnemente proteger el luteranismo como religión exclusiva del país, lo cual cumplió.

Ya vimos que el príncipe elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, alcanzó en la guerra contra la Suecia y Polonia desde 1655 hasta 1660 la liberación completa de su ducado de Prusia de toda dependencia feudal del reino de Polonia. Desde entonces habíase aplicado á formar una entidad nacional de todos sus territorios grandes y pequeños fraccionados y diseminados por toda la Alemania del Norte, desde el Mosela hasta el extremo oriental del citado ducado de Prusia, territorios que diferían completamente entre sí por sus tradiciones, historia, sentimientos, leyes y costumbres. Para lograr este objeto no cabía otro medio mas que destruir á favor de un soberano único y absoluto todas las leyes, constituciones y usos provinciales y oligárquicos, así como las alianzas y resistencias de la nobleza. Donde mas trabajo tuvo Federico Guillermo fué en el ducado mismo de Prusia, donde la nobleza y la ciudad de Königsberg estaban en inteligencia criminal con la Polonia para emanciparse del gobierno riguroso y nada contemplativo del elector. Claro es que para realizar su plan de unificación y librar al mismo tiempo á las clases bajas de la tiranía y opresión de las ele-

vadas, no podía contemporizar con ciertos derechos, fueros y usos particulares, sino que tenía que atropellar por todo si era menester. Esto hizo en Prusia, encerrando en las cárceles y haciendo morir en el patíbulo á los jefes del movimiento y de la resistencia, entre los cuales figuraron el alcalde de Königsberg, un tal Roth, que fué encerrado, y el comandante de Kalkstein, autor notorio de muchos crímenes, que fué pasado por las armas. Con tan decidido procedimiento cambió el espíritu de la nobleza prusiana y brandeburguesa, tan discolá hasta entonces; y en lugar de luchar contra el soberano y debilitar el país, se interesaron los nobles por los proyectos de Federico Guillermo, y tomando servicio en su ejército y administración procuraron emplear en provecho de la patria su valor y energía (1).

Dominados estos obstáculos interiores, pudo ya el gran elector concentrar todas las fuerzas de sus Estados que ocupaban en conjunto una superficie de 1,900 leguas cuadradas con millon y medio de habitantes poco mas ó menos. Los ingresos del tesoro subieron á cerca de 9 millones de pesetas, que hoy significarían una suma muchísimo mayor. El ejército constaba á su muerte de 30,000 hombres, y respecto de disciplina, instrucción militar, pericia y jefes, era uno de los primeros de Europa. Había adquirido mucha fama en las diferentes guerras que el elector había sostenido contra la Francia, Polonia, Suecia y Turquía. No puede decirse que en la política de Federico Guillermo dominara la moralidad en la acepción usual de la palabra; muy al contrario, ningún soberano europeo ha firmado y violado tan tranquilamente los tratados como él según convenia á sus intereses; pero si alguna vez el fin ha podido justificar los medios es en este caso. Al mismo tiempo que procuraba aumentar sus territorios y poder, se interesaba por la liberación de la patria común, la Alemania, contra las usurpaciones de las potencias extranjeras, como de la Polonia, Suecia y Francia, con las cuales á la verdad se alió á veces, pero siempre para enemistarlas entre sí, ó para aguardar un momento favorable. También hay que tener presente que la fuerza de sus enemigos era décuple de la suya, que sus territorios estaban fraccionados y dispersos en infinitas parcelas á manera de islotes rodeados de territorios ajenos; que sus aliados naturales, el emperador y demás potentados alemanes solo le miraban con envidia y malquerencia; que en ninguna parte se sabía lo que era patriotismo alemán, y que en la política de aquel tiempo solo prevalecía la astucia, la mala fe y la fuerza mayor. En semejantes circunstancias bien se puede absolver al atrevido piloto, que se vale de la astucia y de maniobras de engaño para guiar su pequeña y frágil nave entre tantos y tan traidores arrecifes al puerto salvador. Con todo, á este Federico Guillermo debió la Holanda su salvación de la preponderancia francesa en 1672, y la Alemania el aniquilamiento del poder sueco en el Norte de su territorio; y estos méritos adquiridos en favor de la libertad de Europa pesan mucho en la balanza.

Sucedióle en 9 de mayo de 1688 su hijo mayor Federico III que de su padre solo había heredado su ambición jamás satisfecha. No le faltó la extensión de miras y tambien tuvo frecuentemente ideas grandes aunque fugaces, pero no tenía calma, ni prevision, ni perseverancia, ni plan consecuente, únicas cualidades que pueden conducir á la realiza-

(1) Véanse para esta parte las obras siguientes. La celeberrima: *Historia de la política prusiana*, por J. G. DROYSSENS, Leipzig 1870-1873; *Genesis de la monarquía prusiana*, por L. DE RANKE, Leipzig 1873; la *Historia de la monarquía prusiana en el siglo XVII*, Berlin 1838 y 1839; las tres obras en lengua alemana; y luego los *Documentos para la historia del gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo*, Berlin 1864 hasta 1879.

ción de proyectos ambiciosos. Era hombre débil, indolente y prefería el fausto y la ostentación, las apariencias del poder á la realidad del poder mismo. Cuando tenía un proyecto le sacrificaba impaciente y terco todo lo demás sin reflexionar si el precio valía mas que el objeto. Cierto que Federico hizo mucho en favor de las artes, ciencias é industrias artísticas, á la sazón todavía muy atrasadas en los Estados de Brandeburgo, pero todo lo hizo sin plan ni constancia, sacrificando al propio tiempo á una apariencia deslumbradora los intereses verdaderos de sus súbditos. Las dos academias que fundó, la de artes y la de ciencias, decayeron apenas fueron instaladas, ni llegaron á florecer en todo su reinado. El único artista de mérito á quien ocupó, el arquitecto y escultor Schluter, fué víctima al poco tiempo de una miserable intriguilla cortesana y hubo de marcharse de Berlin. Favorecióse á los bordadores de oro y plata; fundóse una manufactura de lunas de espejo y se instalaron otras industrias por el estilo, pero nada se hizo para fomentar la agricultura ni para disminuir la horrorosa miseria, producida por el hambre y las epidemias en la Prusia oriental. Protegió Federico III el crecimiento artificial de las ciudades mayores, dejando que disminuyera la población en las localidades pequeñas y distritos rurales, queriendo sin ningún talento y reflexión imitar el sistema de Colbert que ninguna aplicación racional podía tener en las circunstancias particulares que predominaban en el electorado de Brandeburgo. Para sostener su corte, fastuosa por demás, había aumentado las contribuciones desde 9 millones de pesetas á mas de 14, después de haber disminuido la población en lugar de aumentar; y en vista del porvenir amenazador que se presentaba en el horizonte político, aumentó á fines del siglo el ejército, la gran palanca de la grandeza de Brandeburgo, hasta unos 40,000 hombres, es decir, casi el tres por ciento de toda la población.

Los perjuicios que semejante manera de administrar un país engendraba fueron menos sensibles durante el tiempo en que Everardo de Dankelmann, el antiguo ayo del elector, le sirvió de primer ministro, porque era persona inteligente, pausada y de ideas prácticas. No tenía dotes extraordinarias y además tenía que luchar constantemente con las ideas mezquinas ó fantásticas y con la terquedad de su soberano. Por eso después de una resistencia inútil, se vió obligado á consentir en que la política brandeburguesa se dejara llevar completamente á remolque por la imperial y la anglo holandesa, perdiendo la soberbia independencia que tenía en el reinado del gran elector, por cuya razón no ganó el país nada en la paz de Ryswyk. Federico III como hombre corto de alcance é injusto atribuyó la culpa de tan vergonzoso resultado á su ministro, y mandó en 1698 encerrarle en una fortaleza para el resto de su vida sin formación de causa.

Que un hombre de tan poco talento se mostrara fiel vasallo del emperador de Austria, debía obedecer á algun motivo propio de su carácter y así era. Ambicionaba ser ó llamarse rey para representar dignamente la importancia que su padre había sabido dar á sus dominios. Para el territorio brandeburgués y otros que formaban parte integrante del imperio y que de consiguiente dependían del emperador era imposible pretender semejante título que implicaba la idea de la autocracia absoluta é independiente; pero no sucedía lo mismo con el ducado de Prusia, donde era el elector tan soberano como cualquiera otro de Europa; solo que este ducado era demasiado pequeño para elevarlo á la categoría de reino. Si semejante pretensión hubiese podido tener otro sentido que no fuera la vanidad pueril de un hombre de cortos alcances, le habria tenido á lo mas como programa

de porvenir. En efecto, encerraba tácitamente un programa que no conocía el mismo pretendiente, y por lo tanto, su idea encontró la mayor resistencia en todas partes y muy especialmente en la corte imperial de Viena. Federico III no calculaba tan profundamente; lo que él deseaba era solo poder ostentar mas fausto y recibir mayores honores; y cabalmente por eso, es decir, porque no pasaba su pretension de un pueril afán de rodearse de nuevas ceremonias, insistió en ella con una tenacidad que jamás supo aplicar en su vida á una idea racional y útil.

Para realizar su intento tenia que dirigirse al emperador, su señor feudal por el Brandeburgo, y que además estaba todavía considerado por todo el mundo civilizado como el manantial supremo de todas las dignidades. El emperador se mostró completamente contrario á la pretension del elector, y desde su punto de vista le sobraba la razon, porque era evidentemente contrario al interés de un emperador conferir á un vasallo feudatario suyo una dignidad que le elevaba precisamente por encima de toda dependencia, y que de consiguiente le desligaba de hecho de toda obligacion y compromiso como miembro y parte integrante y dependiente del imperio. Las constantes negativas de la corte de Viena no hicieron mas que inflamar los deseos del pretendiente, máxime cuando vió que su vecino el elector de Sajonia ceñía á sus sienes la corona real de Polonia, y el de Hanover tenia la esperanza de ocupar en un plazo corto el trono de la Gran-Bretaña.

Vinieron al auxilio de Federico III las circunstancias originadas por la lucha próxima por la sucesion española. Ni el emperador personalmente, ni su casa y gobierno tenian amigos; y era por demás imprudente rechazar la ocasion de asegurarse el auxilio del ejército brandeburgués. Ante esta consideracion desaparecieron todos los escrúpulos y temores. En 16 de noviembre del año 1700 firmóse en Viena el tratado por el cual el emperador reconocia al elector de Brandeburgo por rey de Prusia en cambio de su eficaz auxilio en los asuntos propios del imperio en el interior y el exterior, y con la condicion de que en todos ellos el nuevo rey solo figuraria como elector de Brandeburgo. Imposible describir el fausto, correspondiente á la corriente de aquel tiempo, que se desplegó en la coronacion verificada en 18 de enero de 1701 en la ciudad de Königsberg en Prusia.

Los sucesores de Federico I, pues que como rey de Prusia era el primero, procuraron despues dar á tan vano título la base sólida que le faltaba entonces, fundando para los reyes de Prusia el reino correspondiente.

La superioridad intelectual en Alemania estaba entonces en el Norte, donde los tres electorados, las ciudades anseáticas y otras dependientes solo directamente del imperio, encerraban un poco mas de capacidad intelectual que el resto del país. Erróneo sería tomar por base de este juicio el número de universidades entonces existentes en Alemania; á las muchas que ya existian antes de la paz de Westfalia habíanse añadido las de Bamberg, Kiel, Innsbruck y las prusianas-brandeburguesas de Königsberg, Francfort del Oder, Duisburg y Halle. En estas escuelas de latin como las llamaban ó universidades reinaban la rudeza y tosquedad, la ruindad, la vileza mas degradada, y alguna mísera nocion maquinal y pedantesca en lugar de la sabiduría, ciencia y cultura. A tanta rudeza mental se agregaba la tiranía eclesiástica y política que se mezclaba en las cosas mas insignificantes. Para contrarestar elementos tan perniciosos faltaba lo que habia en otros países, una gran capital, centro de la buena sociedad y del buen gusto, y así se ahogó la instruccion en un monton de fórmulas vetustas y estériles, desecho

del mundo científico, sin hábito de vida superior. Hasta el idioma aleman se habia desfigurado con retazos prestados de todos los idiomas mas cultivados. La gente mas instruida leia y hablaba con preferencia el francés, y los que se interesaban por la literatura alemana se regalaban con charlas ampulosas sin sentido y con obscenidades y libertades de un Cristian de Hoffmannswaldau y un Gaspar de Lohenstein ó en insulsas asociaciones estético-pastoriles-idílicas, como la de los «Pastores de Pegnitz» y otras. Las personas pretenciosas y de la clase superior fingian saber solo el francés, porque así se diferenciaban de las clases inferiores, de la plebe, á quienes miraban con el mas insolente desprecio. Para formar una idea de lo que era entonces el pueblo aleman, basta saber que uno de los franceses de quienes se habia rodeado el duque de Brunswick le dijo un día con gran ingenuidad é inocencia francesa «que era cosa muy particular que el duque fuese en su corte el único extranjero.»

En semejante estado social é intelectual, levántase la gran figura de Leibnitz, que nació en 1646 en Leipzig y murió en 1716. Este hombre fué quizá el genio más universal que el mundo ha visto. En todas las esferas á que llevó su estudio y actividad, abrió su potente númen nuevas direcciones. En filosofía era cartesiano; solo que desarrolló esta doctrina en dos sentidos, en el de los progresos de las ciencias naturales y en el del sentimiento religioso innato y profundo. De las ciencias naturales tomó la teoria de los átomos como elementos fundamentales de todo cuanto existe; y sus propios sentimientos religiosos idealistas le obligaron á atribuir á los átomos una fuerza viva y creadora que los trasformaba en verdaderos individuos, que llamó mónades, cada una de las cuales contiene en gérmen las cualidades todas de todos los objetos creados. El mayor ó menor desarrollo consciente de este gérmen produce la escala de las mónades y de sus compuestos; y á la ley que preside á la formacion de estos compuestos, ley divina y anterior á la creacion del universo, le dió el nombre de «armonía preexistente.» Las mónades, segun él, no obran unas sobre otras, pero se corresponden á consecuencia de su disposicion primitiva. Dios creó y conserva en la armonía preexistente las mónades.

La filosofía de Leibnitz tiene algo de la osadía poética de Platon, pero por esta cualidad fantástica y las muchas hipótesis que presupone no pudo tener aceptacion ni ejercer influencia; los eruditos la admiraron, pero no encontró adeptos. El único efecto que produjo fué cierta corriente idealista que impidió en Alemania los progresos de la escuela de Locke, tan escéptica y materialista, que dominó en Francia é Inglaterra, é imprimió así la direccion que la filosofía alemana siguió en su desarrollo posterior.

En el ramo de las matemáticas merece Leibnitz un puesto al lado de Newton por su invencion del cálculo diferencial, que permite fijar matemáticamente y someter al cálculo la continuidad, desarrollo y variabilidad de la cantidad del modo en que se encuentra en la naturaleza. En la ciencia de la Historia, abrió una nueva época con la publicacion crítica y explicacion de las fuentes históricas, dando á luz centenares de documentos y otros materiales de consulta referentes á la historia de la casa Brunswick á cuyo servicio se hallaba. Estos documentos, además de interesar al historiador y á la familia güelfa, interesan á la historia de Alemania y á la general. Su espíritu penetrante, profundo y generalizador no se detenía en detalles, sino que levantaba todas las materias que estudiaba á una altura donde llegaban á ser á su vez origen y punto de partida de un sistema científico general. En sus «Anales del Imperio de Occidente,» escritos en latin y publicados por primera vez en nuestro tiempo, intenta desarrollar la historia de Alemania, sobre una base

verdaderamente científica; único ensayo de esta obra conocido hasta el día. Igual actividad desplegó en el ramo político-religioso, donde hizo nobles esfuerzos para conducir los diferentes partidos á la union, y hacerles abandonar sus continuas contiendas que habian llegado á ser repugnantes, tanto mas cuanto que ninguno de ellos estaba ya animado de un espíritu religioso verdadero. Escritos políticos publicó tambien muchos, presentándose en todos como celoso patriota aleman; y luego que hubo renunciado á la esperanza de una conciliacion con Luis XIV, se pasó al campo de los adversarios mas decididos de este rey. Curioso es su proyecto para impedir la gran guerra entre Francia y Holanda en 1672, y los medios que empleó para lograrlo. Púsose en relacion con el ministro del elector de Maguncia, un tal Boineburg, y ambos se dirigieron al monarca francés para proponerle la



Leibnitz. Copia de un grabado de Steinla, sacado del cuadro original de J. F. Bause.

conquista del Egipto, y convencerle de las ventajas que de ella resultarían para la Francia. Este genio tan universal como activo alimentaba al propio tiempo un amor patrio como pocos ó ningun aleman de entonces. Si á todo esto añadimos que además era jurisconsulto distinguidísimo, y excelente geólogo para su época, no podremos menos de mirar con respeto á este genio que en todos los ramos sabia pensar científicamente y con entera independencia, y que arrojó en el campo de la humanidad semillas que han dado y siguen dando riquísimas cosechas. Leibnitz ha sido mas reformador que nadie en el campo teológico y de la jurisprudencia; y como tal, precursor de tiempos mejores y de una humanidad mas elevada.

Felipe Jacobo Spener, natural de Rappoldswiller en Alsacia, era otra persona notable. Hombre animado de una piedad sincera y profundísima, queria purificar la religion protestante de su aparato ortodoxo-pedante de fórmulas y doctrina reducidas á mera palabrería, y comunicarle un fervor verdadero, que saliera del corazón. Encontró muchos discípulos á quienes el público muy pronto designó con el nombre de pietistas, porque en efecto, á diferencia de su maestro, buscaban su salvacion en una devocion exterior y en la hostilidad á las diversiones y recreos mas inocentes; pero esta tendencia, bien que degenerando en hipocresía ó en un misticismo exagerado, tenia siempre la ventaja de ser una oposicion á la ortodoxia dominante, y como victima perseguida, de ser defensora de la libertad de la palabra y

de la conciencia. En este terreno presentóse entonces otro paladin mas sincero y mas robusto, llamado Cristiano Tomasio, hijo como Leibnitz de Leipzig, donde nació diez años despues de este, en 1655. Llegó á ocupar una cátedra en la universidad de su pueblo natal, y tiene el grandísimo mérito de haber dado sus clases y escrito sus obras en la lengua de su país, haciéndolas así accesibles á todo el pueblo ilustrado aleman, y poniendo la ciencia en inmediato contacto con el espíritu nacional. Hasta él era menester aprender y saber el mal latin de entonces ó el francés para poder estudiar ciencias, puesto que el mismo Leibnitz escribió y publicó todas sus obras en latin ó francés; de suerte que el genio, el idioma y el pueblo aleman se hallaban separados de la ilustracion por una muralla que solo lograban traspasar muy contados estudiantes. Tomasio excitó á todos los pueblos á estudiar y cultivar su propio idioma y literatura en lugar de perder el tiempo en aprender un pésimo latin, y dió el ejemplo escribiendo en aleman hasta disertaciones sobre motivos filosóficos, cosa inaudita entonces, de lo cual podia inferirse en qué estado debian de hallarse este idioma y su literatura. Fundó un periódico científico en aleman, y como al propio tiempo se mostrara enemigo franco de la ortodoxia luterana, se conmovió esta al ver que Tomasio sirviéndose del idioma nacional ponía al pueblo en contacto inmediato con la ilustracion verdadera. A no haber huido á tiempo habria pasado por el grandísimo peligro de una causa criminal como enemigo de la religion y fe protestantes. Federico III, todavia elector de Brandeburgo, dióle un asilo en Halle, donde muy pronto llegó á ser el profesor mas célebre de la universidad que aquel soberano acababa de fundar en la misma ciudad.

Con verdadero heroísmo atacó allí dos abusos escandalosos, restos de tiempos mas bárbaros y conservados en la jurisprudencia hasta entonces, á saber: la tortura y las causas criminales de brujería, abusos ya atacados medio siglo antes por el noble jesuita, conde Federico de Spee. Tomasio demostró tan evidentemente la parte irracional que tenian semejantes crímenes imaginarios, que no tardó en desaparecer esta jurisprudencia por lo menos en Alemania. La guerra que hizo á la tortura produjo tambien su resultado bien que con mas lentitud, pero finalmente hubo de desaparecer tambien de Alemania, hoy de un Estado mañana de otro.

Tomasio no era un genio tan grande y original como Leibnitz; pero como hombre práctico hizo muchísimo bien á la Alemania su país. Su idea de dar sus lecciones en aleman, y de tratar en el idioma nacional cuestiones científicas, encontró imitadores con grandísimo provecho de las ciencias y del pueblo aleman; tanto es así que bien puede decirse que sin los esfuerzos de Tomasio todas las conquistas intelectuales del siglo pasado y del actual habrian sido letra muerta para la nacion alemana.

En general puede decirse que á últimos del siglo XVII se sintió en Alemania un hábito nuevo; la moralidad aumentaba; la antigua honradez y severidad de costumbres renacian á medida que se cerraban las heridas que la guerra de los Treinta años habia causado al país y que las cosas recobraban su equilibrio. Las letras adquirieron otro carácter, ya por las causas antes expuestas, ya por la influencia de la literatura y civilizacion extranjeras, que hicieron resaltar cruelmente la nulidad alemana y la necesidad de una vida mas intelectual. El ejemplo de Boileau ayudó á desterrar el ampuloso marinismo representado en Alemania por la segunda escuela de Silesia. Canitz, que además de poeta era ministro de Prusia, está ya enteramente dominado por el ejemplo de Boileau, y como este hacia poesias en celebracion de sucesos contemporáneos, luego odas y sátiras, sin éxtasis,